



CANCION GRACIOSA,

TITULADA:

LA VERDAD DESNUDA.

RÉFIERESE EL NACIMIENTO, VIDA, MUERTE y Entierro de los Pobres en general, con unas verdades tan claras y evidentes que ninguno, por ignorante que sea, dejará de confesar ser cierto cuanto encierra este pequeño escrito, en el que se esplican los trabajos que padecen los Pobres desde que salen á la luz de este mundo; con lo demas que verá el curioso lector.

Si todo este auditorio
me concede silencio
buena cancion graciosa
cantaré si me escuchais atentos.
La vida de los Pobres
desde su nacimiento
hasta el mismo sepulcro
voy á esplicar por divertir al pueblo
Dios amó á la pobreza,
negarlo no podemos;
pero el mundo la trata
con cruel ignominia y menosprecio.
Apenas nace un Pobre
le tiran en el suelo,

sin reparar al frio
naciendo en lo duro del invierno.
Aquella misma noche,
por primer alimento,
suelen darle una papa
sin aceite, manteca ni pimienta.
En pañales le envuelven;
mas no de fino lienzo,
sino de estopa gruesa (dos.
y en mantillas de trapos y remien-
En la cuna le acuestan,
y á muchos en un cesto,
y al son de mil cantina's (do.
hacen que todo el dia esté durmien-

(1001. min)

Unas veces llorando,
otras veces riendo,
mamando poco, ó nada,
el infelice niño va creciendo.

Para ponerlo en cortos
luego que tiene el tiempo,
de mas de treinta telas
la madre le dispone un zagalejo.

Descalzo de pie y pierna,
ó con zapatos viejos
aprende á echar el paso
vestido de un sayal tosco y grosero.

A penas andar sabe
procura ir aprendiendo
las casas donde suelen
dar un poco de pan á los ambrien- (tos.

Luego que el niño tiene
doce años incompletos
un azadon le entregan
para ir á domar su dévil cuerpo.

Viene el triste á la noche,
y para su sustento
unas sopas encuentra;
y gracias que no le falte todo esto.

Cansado del trabajo
ya se tira en el suelo,
y de puro molido
los guijarros le sirven de sosiego.

De aquesta suerte el pobre
de mil miserias lleno
va pasando su vida (nos.
hasta los veinte años, ó algo me-

Pero llegando á los veinte,
viendose con alientos,
ya no quiere ser pobre,
entónces sí que estira su pescuezo.

Se presenta en el baile
mas que un cipres de derecho,
y aunque lleno de andrajos
ya principia á tratar de casamiento.

Dejo aparte las noches,
los ratos y desvelos

que sufre hasta que llega (po
el pobre á ser casado en este tiem-

Mas yo, lector amigo,
quiero dar por supuesto
que todo se le logre
á medida del gusto y el deseo.

Los dos primeros dias
hay mucho pasatiempo:
come, bebe, pasea,
y le parece ya gozar el Cielo.

Pasánse como el humo,
y en el dia tercero
su amada esposa le hace
este corto y fatal razonamiento.

Hijo mio, le dice,
ya se acabó el festejo,
y es preciso trabajos,
que yo sin comer pasar no puedo.

Mira que no hay aceite,
que no hay sal ni pimienta;
vaca, berza, garbanzos,
tocino ni jamon para el puchero.

De pan no hay un bocado,
leña tampoco tengo,
hay que lavar la ropa,
y el jabon está en casa del tendero.

Calla, dice el marido,
que al azadon me vuelvo,
y en viniendo á la noche
te entregaré el jornal todito entero.

Cumple lo prometido,
y su esposa al momento
en rosquillas se lo gasta,
en dulces, avellanas y muñuelos.

Así va navegando
hasta que llega el tiempo
que empieza á tener hijos,
lo que al pobre dobla su tormento.

Aqui vereis á un pobre
trabajar como un negro,
sin cesar dia y noche
para que no les falte el alimento.



13. 22. 54

Pero lo que sucede
cada dia lo vemos,
pues por mas que trabaje
siempre tiene la casa sin dinero.

Si un hijo tiene medias,
el otro se halla en cueros,
si aquel tiene camisa,
este está sin calzones ni chaleco.

Cosido contra el polvo,
casi sin dormir sueño
trabaja el miserable
hasta que los años le hacen peso.

Ya trabajar no puede
por su avanzado tiempo,
y para sostenerse
ya se ve precisado andar pidiendo.

Y su muger é hijos
en casa pereciendo
mientras el triste padre
anda con el zurrón de pueblo en
pueblo.

Ninguna pluma puede
escribir con acierto
los trabajos que un pobre
padece sin poder librarse de ellos.

Llega un pobre afligido
á cualquier villa ó pueblo,
y al ver lo que le pasa
se llena de tristeza y desconsuelo.

Lo primero que hace
buscar su alojamiento,
y en un pajar se hospeda,
y gracias si le dan tal refugio.

Lo que por la mañana
saca de su aposento
son piojos de dos libras,
con rabos de á cuarta, poco menos.

Una muger le dice:
ni cuartos ni pan tengo;
otra, Dios le socorra,
y otra, Dios le remedie, hermano
nuestro.

Al lugar dá la vuelta
en menos de dos credos,
y á su casa se vuelve
afligido sin pan y sin dinero.

Al punto que los hijos
ven al padre de lejos,
corren precipitados
para ver si les trae algun sustento.

El padre les abraza,
y llorando con ellos,
hijos míos, les dice,
comezme á mi por pan, pues no
hay remedio.

Llegan con él á casa
tristes y descontentos,
y á su madre la dicen:
mi padre viene de hambre casi
muerto.

Sumergido en su llanto
el miserable viejo
enferma, y la tristeza
le da muerte fatal en poco tiempo.

Espira en fin, un pobre,
y vecinos y deudos
por no ver su miseria
procuran enterrarle lo mas presto.

Juzgo como imposible
esplicar el entierro
que á un pobre se le hace,
y con decir un poco me contento.

A oscuras y de noche
entierran aquel cuerpo,
y junto á las campanas
el sepulcro del pobre está dispuesto.

Allí le depositan
llenándole de huesos,
y cerrando la puerta
á su casa se vuelven muy contentos

Si alguno de él se acuerda,
suele decir de presto:
Dios te haya perdonado,
y le reza un ligero Padre nuestro.

En un mar de tristeza
á la viuda contemplo,
y los hijos llorando
al lado de su madre sin consuelo.

Los llantos de la viuda
duran tan poco tiempo,
que á tres ó cuatro dias
ya la gusta la música y paseo.

Ya la rondan la puerta,
y olvidada del muerto,
á las cuatro semanas
con segundo marido la tenemos.

Por vivir mas á gusto
con su segundo dueño
hará perecer de hambre
á los citados hijos del primero.

F I N.

VALLADOLID, IMPRENTA DE SANTAREN.

Mas el justo castigo
esperimenta presto,
porque suele de palos
cada dia llevar mas de doscientos.

Ve aqui de los pobres
la vida y nacimiento;
si pasa lo contrario
que lo diga quien sea mas discreto.

Y si alguno digese
que en esta copla miento,
digamelo en mi cara;
que yo le probaré el argumento.

Y aqui Fernando Abanda,
autor de este progreso,
como experimentado
ofrece testimonio verdadero.